

SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA MADRE DE DIOS

59 Jornada Mundial de Oración por la paz, 1º. De enero de 2026

Homilía de Mons. Emilio Aranguren Echeverría, Obispo de la Diócesis de Holguín

Hoy celebramos la solemnidad de María Santísima Madre de Dios, inicio del nuevo año civil. La primera lectura es el texto de una linda bendición: «Que el Señor te bendiga y te proteja. Que el Señor haga brillar su rostro sobre ti y muestre su gracia. Que el Señor te descubra su rostro y te conceda la paz» (Nm 6,24-26).

En el libro de los Números, este texto concluye a las indicaciones acerca de la consagración a Dios que hacían hombres y mujeres del pueblo, con vistas a subrayar la dimensión sagrada y fecunda del don en la relación entre Dios y el pueblo de Israel. Por tanto, el hombre ofrece al Creador todo lo que ha recibido y Dios responde volviendo hacia la persona consagrada su mirada benévola, como en los orígenes del mundo.

Debemos tener en cuenta -como expresó el Papa León XIV- que el pueblo de Israel, al que se dirigía esta bendición, era un pueblo de liberados, de hombres y mujeres renacidos después de una larga esclavitud gracias a la intervención de Dios y a la respuesta generosa de su siervo Moisés. Era un pueblo que en Egipto había gozado de algunas seguridades —no faltaba el alimento, así como un techo y cierta estabilidad—, pero al precio de ser esclavo. Ahora, en el desierto, muchas de las certezas pasadas se habían perdido, pero a cambio estaba la libertad, que se concretaba en un camino abierto hacia el futuro, en el don de una ley de sabiduría y en la promesa de una tierra en la que vivir y crecer sin más grilletes ni cadenas; en definitiva, en un renacer.

Así, al inicio del nuevo año, la Liturgia nos recuerda que cada día puede ser, para cada uno de nosotros, el comienzo de una vida nueva, gracias al amor generoso de Dios, a su misericordia y a la respuesta de nuestra libertad. Y es hermoso pensar así el año que comienza: como un camino abierto, por descubrir, en el que aventurarnos, por gracia, libres y portadores de libertad, perdonados y dispensadores de perdón, confiados en la cercanía y en la bondad del Señor que siempre nos acompaña.

Todo esto lo recordamos al celebrar el misterio de la Divina Maternidad de María, que con su "sí" contribuyó a dar a la Fuente de toda misericordia y benevolencia un rostro humano: el rostro de Jesús, a través de cuyos ojos de niño, de joven y de hombre, el amor del Padre nos alcanza y nos transforma.

Al inicio del año, mientras nos ponemos en camino hacia los días nuevos y únicos que nos esperan, pidamos al Señor experimentar en todo momento, a nuestro alrededor y sobre nosotros, el calor de su abrazo paterno y la luz de su mirada que bendice, para comprender cada vez mejor y tener siempre presente quiénes somos y hacia qué destino maravilloso avanzamos. Al mismo tiempo, también nosotros démosle gloria, con la oración, con la santidad de vida y haciéndonos, los unos para los otros, espejo de su bondad.

Uno de los rasgos fundamentales del rostro de Dios: el de la total gratuitud de su amor, por la cual se nos presenta —como el Papa subraya en el Mensaje de esta Jornada Mundial de la Paz— "desarmado y desarmante", desnudo, indefenso como un recién nacido en la cuna. Y esto para enseñarnos que el mundo no se salva afilando las espadas, juzgando, oprimiendo o eliminando a los hermanos, sino más bien esforzándose incansablemente por comprender, perdonar, liberar y acoger a todos, sin cálculos y sin miedo.

En la Maternidad Divina de María que hoy celebramos, vemos así el encuentro de dos inmensas realidades "desarmadas": la de Dios que renuncia a todo privilegio de su divinidad para nacer según la carne y la de la persona que con confianza abraza totalmente su voluntad, rindiéndole homenaje, en un acto perfecto de amor, de su potencia más grande: la libertad.

El título del Mensaje para esta Jornada dice: "La paz sea con todos ustedes: Hacia una paz "desarmada y desarmante", quiere ayudar a la humanidad a rechazar la lógica de la violencia y la guerra, y a abrazar una paz auténtica basada en el amor y la justicia. Por eso, insiste por una paz que no dependa de las armas, sino que desarme la violencia interna y transforme las relaciones.

La inclinación a la venganza, ese me la paga; a guardar hasta que llegue el momento... No sólo se dirige a los jefes de estado, sino también a nosotros, para que anidemos en nuestro corazón sentimientos de paz y no de odio.

Esta paz debe ser desarmada, por cuanto no se afirma en el miedo, las amenazas ni las armas. Y, a su vez, debe ser desarmante, capaz de transformar los conflictos desde el corazón en un ambiente de confianza mutua y esperanza. "No basta con pedir la paz; debemos encarnarla en un estilo de vida que rechace toda forma de violencia, ya sea visible o sistémica."

El Papa pregunta: ¿Por qué una paz no violenta y sin armas?

La invitación a la no violencia es propiamente evangélica. Jesús rechazó a la violencia (v.gr. "mete la espada en la vaina"...) con un amor puesto en práctica con justicia, la verdad y la paz. La no violencia evangélica está firmemente arraigada en valores como la compasión y el respeto por la dignidad que corresponde a todos los seres humanos. Este principio exige estar desarmado.

Esta paz desarmada se construye de varias maneras:

El Papa León indica dos caminos: el diálogo y la diplomacia, y valora la mediación, la diplomacia y el derecho internacional como caminos hacia la paz. Por ello, destaca la necesidad de cuidar el multilateralismo basado en el estado de derecho, que hoy se presenta muy confuso desde las diversas interpretaciones

Concluye aseverando que promover una diplomacia no violenta significa alentar la búsqueda de soluciones a través del diálogo social y político.

También, señala la necesidad del desarme. Para ello hace referencia a San Juan XXIII, quien promovió por primera vez el desarme integral. León XIV invita a un cambio profundo que abarque la mente y la vida, promoviendo la humildad evangélica. Podemos actuar por el desarme y la seguridad humana integral en la medida que seamos capaces de crear conciencia y abogar contra la proliferación de armas nucleares y ligeras, así como apoyando iniciativas comunitarias que aborden las causas profundas de la violencia.

Se preocupa por los jóvenes que están involucrados en pandillas u otros entornos violentos y, también, aboga por la creación de condiciones seguras para los civiles y por una cultura de paz.

Su invitación, especialmente a los católicos, es: ¡Abrámonos a la paz! y, para esto: ¡la paz esté con ustedes! Y marca cuatro dimensiones del cambio que necesitamos para ser constructores de paz: cambio personal, relacional, cultural y estructural.

El mensaje nos recuerda que los discípulos de Jesús estamos "invitados a vivir de una manera única y privilegiada...".

Una clara invitación a vivir nuestra identidad cristiana en medio del mundo con coherencia, a construir el Reino de Dios y a trabajar para construir un futuro colectivo humano en paz.

La "paz de Cristo desarmada y desarmante" es la no violencia. No basta con desear la paz, es necesario un compromiso personal siguiendo a Jesús que fue no violento. Esta es la enseñanza de la Iglesia sobre la guerra y la paz, la cual conlleva una lectura atenta de los signos de los tiempos, donde el Espíritu de Dios actúa en la historia, como en un discernimiento cuidadoso de lo que el Evangelio nos llama a hacer hoy, como Pueblo de Dios, porque "más que una meta, la paz es presencia y camino".

Queridos hermanos y hermanas, en esta fiesta solemne, al inicio del nuevo año, acerquémonos al pesebre, en la fe, como al lugar de la paz "desarmada y desarmante" por excelencia, lugar de la bendición, donde hacer memoria de los prodigios que el Señor ha realizado en la historia de la salvación y en nuestra existencia, para luego volver a partir, como los pastores y los magos, «alabando y glorificando a Dios» (Lc 2,20) por todo lo que hemos visto y oído. Que este sea nuestro compromiso, nuestro propósito para los meses venideros y para toda nuestra vida cristiana.